

***Como yo los he amado, así ámense también ustedes los unos a los otros***

**Lc 13, 34**

Queridas hermanas y hermanos lectores de este semanario, les saludo en la paz y la alegría del Señor Jesús.

Nos encontramos ante un acontecimiento que marca los inicios del siglo XXI, estamos frente a un éxodo migratorio centroamericano, que parece nos desborda. Han transcurrido más de diez días que nuestros hermanos y hermanas migrantes, refugiados y desplazados se han puesto en camino huyendo **de la guerra** impuesta desde hace más de cuatro décadas en esta región del mundo. Los ataques a la población no son con armas, sino a través de ausencia de políticas de desarrollo real y efectivo, de corrupción, de impunidad que han dejado cada vez más a las personas en la mayor pobreza, miseria, violencia y falta de oportunidades para poder vivir o tener un buen vivir entre muchas otras más.

Nuestros hermanos y hermanas de Honduras, El Salvador y de las otras nacionalidades que van de camino; sin contar a los mexicanos que desde hace doce años han huido de pueblos por causa de la violencia, la impunidad. Estos son el reflejo que los modelos económicos, políticos, sociales, culturales y religiosos aunados a gobiernos y partidos políticos ambiciosos y corruptos, requieren de un cambio en todos los sentidos.

Es necesaria nuestra caridad y ¡vaya que es necesaria!, pues en estos más de diez días de camino, hemos visto a un Estado petrificado y con poca actuación política y humana hacia nuestros hermanos y hermanas. Han sido más las personas, parroquias, grupos humanitarios los que se han desbordado para apoyar al *“pobre (que) gritó y el Señor lo escuchó ( cf. Sal 34,7)* que el mismo Estado, quien ante la avalancha humana y queriendo impedir el paso respondió con la presencia del Instituto Nacional de Migración y la Policía Federal como si los que llegaban fueran peligrosos o criminales. No, no eran ni combatientes, ni terroristas... *eran pobres, eran migrantes.*

La respuesta que se necesitaba y se necesita es de PROTECCIÓN INTERNACIONAL, de acogida, de salvaguardar la vida por principio moral, por derecho constitucional desde el principio PRO-PERSONA y por responsabilidad internacional, al haber México ratificado tantos pactos internacionales.

Hermanas y hermanos, obispos, sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos, laicas, personas de buena voluntad, no basta sólo dar de comer, no basta sólo hacer la valla humanitaria y solidaria para que caminen y avancen...es **necesario y urgente**, ver y leer este acontecimiento como un llamado más profundo para involucrarnos en la construcción de otro modelo de desarrollo que la realidad nos exige...es imperativo que *amemos como hemos sido amados (Lc 13, 34).*

Es el momento de implicarnos en una conversión profunda que volvamos a colocar en el centro la persona de Jesús y la de cada ser humano en quien Dios se manifiesta y a partir de éste CENTRO, construir y exigir un nuevo modelo económico, político, social, cultural y religioso. No basta sólo la caridad, no basta sólo el sentimiento, el culto, no bastan sólo las oraciones o los grupos parroquiales, si estos no van acompañados de

una sensibilización e involucramiento en que el Reino se construye aquí y ahora. Es ahí donde el evangelio se vivifica, donde podremos saber qué es una vida plena y digna, Si el éxodo migratorio que ha recorrido algunos estados del sur de México y se encamina a la Ciudad de México, nos va dejando sólo un sentimentalismo, sensacionalismo o acciones solidarias pero periféricas, a ayudar a que caminen sin involucrarnos en el cambio estructural y en la exigibilidad de derechos y de cambio, en la construcción de otro modelo estructural de libertad, desarrollo social integral, casa, seguridad social, igualdad, inclusión, respeto, vida digna, educación, salud y paz, habremos perdido la oportunidad del kairos de Dios y del llamado de construir el Reino de Dios, aquí y ahora. *Ánimo no estamos solos.*

*Arquidiócesis de México, octubre 29 de 2018*